

Historias de amor, amor por la historia

"Jacques y su amo (homenaje a Denis Diderot)", de Milan Kundera. Dirección: Raúl Mereñuk. Escenografía: Andrea Sanmartín. Vestuario y maquillaje: Analia Sisamon. Música original: Fernando Polonuer. Con Mario Castillo, Rodolfo Lemmi, Graciela Deni, José Márquez, Daniel Sapira, Muñeca Mocchiola, Gisela Manusovich, Antonio Pérez Lobato y Arnaldo Pipke. Teatro El Arbol, Estomba 1247.

Ocupación rusa de Checoslovaquia en -¡qué año!- 1968. Milan Kundera, prohibido, entre muchas otras consecuencias. Al escritor le ofrecen prestarle el nombre de un testafarreo para que firme una adaptación teatral de "El idiota", de Dostoievski. Hay contraoferta: hacer lo mismo, pero con "Jacques el fatalista y su amo", de Denis Diderot.

A su modo, este autor fue un visionario al reírse muy sutilmente, en el momento mismo en que estaba formándose un nuevo mundo, de la presuntuosa idea de un progreso ilimitado. Ubiquemos que su novela es de 1772.

Dos siglos después, los hechos de Praga le confirmarían a Kundera que las pasiones humanas se disparan sin tomar en cuenta el orden de ningún punto cardinal, convicción que sintetiza en una pregunta machacante: "¿Dónde es *hacia adelante*?"

Así, más que una adaptación encará una variación, término que lo regocija por su origen musical. Subrayó, también, el carácter repetitivo de las acciones humanas, sobre todo las que están encendidas por la pasión.

Jacques y su amo recorren sin norte alguno los caminos de la existencia y los van llenando con los relatos de tres historias de amor, distintas y, a la vez, parecidas: lo común a ellas es que, en nombre de lo más elevado, se cometen las más bajas traiciones, además de mostrar que la sabiduría es escurridiza tanto para quien pregunta como para quien contesta.

El interés teatral de este texto está precisamente en las agudas observaciones -siempre piadosas- que salpican el diálogo. Tono zumbón.

La puesta

Parece una suerte que el director Raúl Mereñuk no le haya hecho caso a la indicación de puesta de Kundera según la cual la acción debe desarrollarse en un espacio único.

En la bella casa de la calle Estomba casi Alvarez Thomas donde funciona la escuela de teatro El Arbol, el público debe trasladarse de uno a otro



Kundera: los puntos cardinales

ámbito y, cuando regresa al primero luego de una excursión por la escena de la posada, se encuentra con un cierre del espectáculo en el que vivirá en carne propia qué es eso de andar a tientas en la vida. Es el momento más logrado de toda la representación.

Una reflexión

El fenómeno fue creciendo a lo largo de la temporada. Con otra mística distinta de la de aquel teatro independiente que hizo época, ya son varias las escuelas de teatro que extienden su actividad al funcionamiento como salas abiertas para el público y, aun, al armado de compañías estables.

Experiencia desde el vamos con el hecho teatral, elección del repertorio sin que pesen presiones comerciales, compromiso individual y grupal. Todo eso está muy bien y puede que a la larga se vean los frutos, en esta ciudad donde todavía parece milagroso que haya tanta gente interesada en hacer teatro.

La duda pasa por saber si hay conciencia de los límites, sobre todo los referidos a los recursos interpretativos. El texto, endemoniado de por sí, añade la dificultad extra de su carácter de época y son notorios los tropezos del elenco para enfrentar ese punto.

Además, la dirección parece haber decidido marcar un acento extraño a los intérpretes, que se disparan fácilmente hacia la exasperación.

Hay una excepción: en un papel secundario, muy pequeño, Muñeca Mocchiola se expresa en un tono distinto al del resto de sus compañeros. Por allí podría andar la pista para buscar *dónde es hacia adelante*, al menos escénicamente hablando.

Pablo Zunino